

AGUSTÍN TEJADA
CRUZADOS



Toledo, año 1096.

Cuatro hombres y una mujer emprenden viaje con destino a la Primera Cruzada. Cada cual carga con sus propias circunstancias. A fray Genaro, líder de la expedición, el obispo le ha encomendado traer reliquias de Tierra Santa. Lo que su ilustrísima no sospecha es que al maestro de novicios de San Servando piensa acompañarle Moraima, su amante, una muchacha mudéjar cuyo único objetivo es escapar de la miseria. Sobre Hervé, caballero misterioso y solitario, recae la tarea de proteger al grupo. Su habilidad con la espada resulta portentosa; sus pecados, sencillamente inconfesables. Hameth es el esclavo destinado a servirlos a todos ellos. Su suerte no importa a nadie, aunque su pasado sarraceno despierta cierta desconfianza.

Para Alonso de Liébana la participación en la cruzada del papa es un asunto de vida o muerte. Su padre y hermanos acaban de ser acusados del peor de los crímenes: vender caballos de guerra al enemigo infiel. Con toda seguridad serán ejecutados, a no ser que el joven Alonso retorne de Tierra Santa convertido en un héroe.

Desgraciadamente los planes se tuercen al cruzar Francia. Fray Genaro pierde a los dados la fortuna que el obispo le ha confiado para el sustento del grupo. Antes que volver a casa con las manos vacías, al monje benedictino se le ocurre una solución rápida: enrolarse en las huestes de Pedro el Ermitaño. El predicador y visionario de Amiens ha reunido ya cincuenta mil almas dispuestas a recuperar Jerusalén antes que los príncipes de Europa. Es la Cruzada de los Pobres. Un ejército desesperado y raído compuesto por miles de familias sin tierra, sin dinero ni armas. Y, aun así, para Alonso de Liébana cruzar Europa entera y luchar contra el enemigo turco al lado de aquellas gentes es la

única manera de regresar a Hispania con la cabeza alta y librar a los suyos de la horca.

PRIMERA PARTE

I

Sobre mi padre y hermanos cayó un mal día la más grave de las desgracias. El alcalde mayor de Toledo los acusó de traidores a la Corona de Castilla por vender caballos de guerra al enemigo moro. Únicamente mi madre y yo nos libramos de tanta maledicencia. Ella, porque ya había muerto para cuando a don Diego de Ayala se le ocurrió denunciar a los míos, y yo, debido a mi condición de novicio.

El convento de San Servando era ya mi nuevo hogar cuando ocurrieron los hechos. Curiosamente, había sido mi propio padre quien me empujara hacia una vida eclesiástica algunos años antes, tras darse cuenta de que tres hijos, o tres bocas, eran un lastre excesivo para su barca. Para una triste chalupa que había llegado a Toledo haciendo aguas desde el norte.

Todos mis ancestros procedían de la comarca de Liébana. Allí se formó también mi familia, entre rocas, nieve y miseria. Por eso comenzamos a recorrer muy pronto los caminos del antiguo reino de don Pelayo. Buscábamos, como tantos otros, un asentamiento digno en medio de unos territorios cada vez más vastos, a la par que cristianos. Porque, poco a poco, con tesón, sangre y paciencia, los distintos reyes hispanos iban recuperando el legado perdido de nuestros abuelos godos.

Lo cierto es que, tras la muerte de mi madre –conmigo todavía entre sus piernas–, y como si ella hubiese sido el

ancla que nos mantenía sujetos a aquellos picachos verdes, a mi padre le entraron las prisas. Puso dentro de una manta lo poco que teníamos y se aprestó a marchar hacia el sur, buscando las supuestas prebendas de la frontera.

Corrían rumores de que en las extremaduras del Duero las condiciones eran de lo más ventajosas para los nuevos repobladores. Si uno ponía su oído al viento –afirmaban los más avezados–, la brisa de aquellos valles venía cargada de sonidos extraordinarios. Auténticos cantos que daban fe de la fertilidad de sus tierras y de la inmensa dicha de sus habitantes.

En realidad, por mucho que lo intentó, mi padre nunca logró escuchar semejante música: ni la caricia metálica de los arados que roturaban prados tan fecundos ni los gritos de gozo de sus labradores. Pero hacia allí nos fuimos de igual manera. Y, de hecho, yo di mis primeros pasos en aquellos páramos; en unos parajes desérticos y decepcionantes que poco o nada tenían que ver con lo que nos habían contado. Y, aun así, durante casi una década, Nuño de Liébana soportó sin blasfemias ni malos gestos las escarchas constantes del invierno y las sequías interminables de un estío salvaje. Después, cansado de acumular malas cosechas, volvió a dejarse llevar por los que aseguraban saber descifrar las sinfonías del viento.

Según le contaron, el clamor de la victoria llegaba nítido desde Toledo. La ciudad era otra vez cristiana tras la rendición de los sarracenos. Y el rey Alfonso quería llenarla de buenos súbditos. De ahí que en la vega del Tajo las tierras se repartiesen a quiñón. Y no precisamente las de secano, sino las más fértiles. Sin demoras ni costosos trámites. Así era como el monarca pretendía hacer gente –y retenerla– en la marca más peligrosa de Hispania. Se hablaba de huertos con frutales ya crecidos, de cultivos en pleno vigor; de norias gigantescas; de molinos y acequias de riego rodeando los campos... Porque de ese modo, al

parecer, lo habían dejado los moros al marcharse a toda prisa.

Así, la manta que en Liébana sirvió para liar un voluminoso fardo volvió a llenarse precipitadamente con los mismos enseres de entonces. Solo que en esta ocasión ya teníamos un asno en el que cargar los bultos más pesados.

Fue a finales de junio, en el año del Señor de 1086, cuando admiramos por primera vez las aguas turquesas del Tajo, justo trece meses después de la capitulación del emir Al-Qádir ante al rey Alfonso.

Mas la vida en Toledo tampoco resultó exactamente miel sobre hojuelas. La ciudad contaba con una enorme mozarabía con su propio fuero, como tal vez debimos de haber previsto. Una población que mantuvo sus tierras, sus negocios y sus derechos, pues el rey decidió mostrarse generoso con los que habían mantenido la fe en Cristo a pesar de malvivir entre infieles.

Así pues, aquellas familias que vestían y gesticulaban como el enemigo musulmán, pero llevaban a Dios en el pecho igual que nosotros, conservaron todo lo que tenían; y además fueron celosamente protegidas por la Corona. Un alamín velaba por sus asuntos más triviales mientras que un *alcaldi* se encargaba de juzgar lo importante. Se trataba de autoridades distintas a las que teníamos los castellanos, pero solo en el nombre. Su enjundia era la misma, sobre todo en el caso de don Estéfano Abembrán, un hombre que, a pesar de su carácter bonachón y aspecto inofensivo, resultaba tan temible y respetado como quien había mandado a presidio a los míos.

También encontramos abundantes judíos en las calles de Toledo. Y árabes que no habían querido abandonar su hacienda, a pesar del riesgo. Y gentes venidas de todos los rincones de Hispania; y de más allá de los Pirineos, sobre todo francos. A todos ellos quiso dar gusto don Alfonso, de una manera u otra. Para que en nuestra antigua capital hispanovisigoda no nos tiráramos los trastos a la ca-

beza los unos a los otros. Y viviéramos en paz y armonía, que para batallas campales ya estaba él librando muchas y bien cercanas.

No opuso queja mi padre al no obtener las tierras de labrantío soñadas. Tampoco torció el gesto al negársele un huerto a orillas del Tajo. Por lo menos, en su lugar, recibió una bonita almunia extramuros en la que pronto nacieron y crecieron algunos bichos. De tal forma que, pasados varios años, Nuño de Liébana y sus tres hijos dejaron de roturar la tierra y se dedicaron en exclusiva a la granja. Concretamente a la cría y venta de cabalgaduras.

Aunque mi padre era reacio a reconocerlo, para mí siempre estuvo claro que los caballos daban más beneficios y menos quebraderos que la huerta. En primer lugar, porque el nuevo negocio quedaba menos expuesto a los caprichos del tiempo, pero sobre todo porque en Toledo hacían falta de manera imperiosa los animales de monta.

Un nuevo linaje estaba alumbrándose en la ciudad. Una estirpe de aventureros que, a pesar de sus orígenes humildes, pujaba poco a poco por hacerse un hueco entre la nobleza. Los llamaban «caballeros villanos», tal vez porque defendían el nombre de Dios y su propio bolsillo con el mismo entusiasmo.

Todos aquellos aspirantes a hidalgos habían empezado su camino hacia la prosperidad formando parte de expediciones ajenas. Se habían adentrado en tierras de la frontera como modestos infantes, con las armas al hombro, acompañando a señores más poderosos. El éxito en aquellas razias les había procurado cierta fortuna, pero fundamentalmente les había abierto los ojos. Los había convencido de que saquear alquerías moriscas y hacer prisioneros entre sus habitantes resultaba más fácil y menos peligroso si el trabajo se hacía a caballo. Por eso la mayoría dedicaba sus primeras ganancias a la adquisición de una buena montura. Y ahí es precisamente donde comenzaba nuestro negocio.

Los enormes destreros que mi padre adiestraba y luego vendía no eran en absoluto baratos. Y, aun así, había meses en los que, a la vista de la demanda, en vez de ponerles un precio fijo los subastaba al mejor postor, y lograba sumas insospechadas.

Eran muchos los que adquirirían una de aquellas bestias temibles y ya no volvíamos a saber de ellos. Pero tampoco resultaba infrecuente que algunos regresaran con el animal a los pocos meses, porque ya no podían mantenerlo. Al fin y al cabo, las incursiones en la frontera no eran un ejercicio infalible. Y si la mala fortuna se prolongaba demasiado tiempo, al dueño de la cabalgadura no le quedaba más remedio que acudir de nuevo a nuestros establos, con la mirada baja y el ramal en la mano.

Tras inspeccionar al destrero con gesto circunspecto, mi padre ofrecía un precio de recompra muy inferior al que el desdichado había pagado pocos meses antes. Bien sabía él que, a no mucho tardar, vendería el animal por el doble o el triple de lo invertido. Así de simple era el arte del trato; eso era lo que solía decirme cada vez que yo lo recriminaba por su desahogo. Y si mis dos hermanos mayores lo habían entendido a la primera, no concebía que a mí me costara tanto.

Debo reconocer que nunca me gustaron aquellos manejos. Me parecía injusto y mezquino aprovecharse del derrotado. Y de ahí las voces y los desacuerdos que a veces enfrentaron a padre e hijo. Tal vez por eso o porque, efectivamente, la almunia no daba para todos, acabé ingresando en San Servando a los quince años.

Fue aquel un destino que acepté sin aspavientos, pues, aparte del clero, no existían muchos más caminos para el tercer hijo de una familia pobre. Cuando don Diego de Ayala metió a los míos en una celda, yo contaba ya con veinte años. Y hacía más de dos que no los veía.

El prior del convento me comunicó la infausta noticia una mañana después de maitines. Y me autorizó en ese

mismo instante a desplazarme hasta la cárcel para hablar con ellos y calmarles el ánimo. Tan solo tuve que cruzar el puente de Alcántara para plantarme en el alcázar, y en el presidio. Jamás había estado allí a pesar de la escasa distancia que nos separaba. Al fin y al cabo, nada se me había perdido nunca en un lugar más propio de soldados o de maleantes; o sospechosos de lo segundo.

Desconocía, pues, la distribución de aquellos sótanos. No sabía que existiesen tres enormes mazmorras. Una destinada a los prisioneros musulmanes, obligados a languidecer entre rejas hasta el momento de la redención. Otra para esclavos fugados –y capturados– a la espera de su merecido castigo. Y una tercera, para rufianes y criminales del municipio. En esta última fue donde encontré a mi familia.

Mi padre agitó los brazos entre las rejas nada más verme. Después me aferró la cabeza por las orejas cuando me tuvo cerca y la sacudió como si fuera un sonajero.

–¡Alonso! ¡Alonsillo! –proclamó con ojos emocionados por el reencuentro–. ¡Somos inocentes! –añadió por si en mí cabían las dudas.

–Claro, padre.

–¡Tienes que creerme, rediós! –reclamó a grandes voces, como si esperara algo más de calor en un hijo.

–Yo te creo, padre. ¿Cómo no iba a hacerlo? Nunca se me ocurriría dudar de vuestra inocencia –le respondí sonriendo–. ¿Quieres que avise al zalmedina para que pase a veros cuanto antes?

A Nuño de Liébana se le esfumó la alegría de un soplo.

–¿Al zalmedina? ¿Para qué?

–Pues para que compruebe que tenéis salud, para que decida si las acusaciones tienen su fundamento. Y para que os busque un abogado –le respondí, aludiendo a todas las funciones del cargo.

Mi padre me soltó las orejas y se puso a frotarme las mejillas con ojos ausentes.

–Has crecido... Pinchas –murmuró como si no hubiera escuchado mi sugerencia–. Te has hecho un hombre...

–Padre, te conviene hablar con el zalmedina. Él conoce a los mejores abogados de Toledo –le urgí mientras cruzaba una mirada silenciosa con mis dos hermanos mayores en busca de ayuda.

Mi padre chascó la lengua, cansado de tanta insistencia.

–Al zalmedina ya le pedí que diera aviso en tu convento –repuso con un deje de hastío–. En cuanto a lo del abogado..., son caros y muchas veces no sirven de nada. Además, la justicia es lenta y no siempre da la razón a quien la tiene.

Busqué a mis dos hermanos entre los barrotes de la celda. Ambos continuaban sentados en el banco, observándome en silencio como si no me conocieran, como si ya no recordaran la cara de quien tantas veces los había ayudado a limpiar el suelo de cagajones.

–Padre... –le dije bajando el tono–, el prior me ha dicho que la acusación que pesa sobre vosotros es muy grave... ¡La pena por vender caballos al moro es la horca! ¡Alguien tiene que defenderos!

Un ademán de fastidio afloró en el rostro de mi progenitor. Era la misma mueca de decepción de otros tiempos, cuando él trataba de explicarme el funcionamiento del negocio y yo lo entendía solo a medias.

–¿Para qué quiero yo un abogado teniendo a un hijo en San Servando? –masculló con enojo–. Tú puedes hacer más que él, a poco que te esfuerces.

–¿Yo? ¿Cómo? –Miré otra vez a mis dos hermanos, buscando una explicación al acertijo.

Lope, el mayor, le puso luces a mi desconocimiento.

–Pareces tonto –repuso con cara de enfado–. Habla con el obispo Bernardo y consigue que nos suelten. Somos tu familia.

II

Bernardo de Sédirac había llegado a Toledo diez años antes, justo cuando las llamadas de los almuecines se apagaban en los minaretes de las mezquitas y los campanazos de las siete iglesias reventaban los aires de una ciudad recién reconquistada para la fe cristiana. Unos decían que el nuevo obispo era el elegido por el papa para meter en cintura a la clerecía hispana; en materia de rito, de costumbres y, sobre todo, en lo tocante a las debilidades de la carne. Otros, en cambio, aseguraban que había sido el propio monarca quien había reclamado su presencia tras fraguar ambos una estrecha amistad peleando, codo con codo, contra las hordas paganas. Y de ahí las numerosas donaciones con las que el rey Alfonso había querido favorecer a los monjes benedictinos tras la capitulación del veinticinco de junio de 1085.

Además de San Servando, otros monasterios e incluso villas enteras habían sido entregados por el rey a la diócesis toledana. Todo lo cual supuso una cierta proliferación de presbíteros en una ciudad que necesitaba llenar otra vez sus templos con almas cristianas. Y, sin embargo, a pesar de esa afluencia de nuevos clérigos, la frontera con el moro seguía siendo un territorio sin vocaciones. Seguramente por eso, me admitieron en San Servando de mil amores.

Desgraciadamente, mi primer trabajo no consistió en desplumar pollos al amor de la lumbre, sino en destripar

terrones de arcilla en los campos del monasterio. De sol a sol. Un día tras otro excepto los domingos. Esa fue la manera en que el prior –«fray Juan» le decíamos, aunque era francés como el obispo– quiso inculcar en mí la filosofía benedictina: *ora et labora*; hasta que alcances la perfección espiritual o hasta que revientes por el camino. Tuvo que ser precisamente su ilustrísima, en una de sus frecuentes visitas a San Servando, quien me sacara de aquella infernal noria de dos ruedas.

Una mañana, don Bernardo se dirigió a mí en lengua gala, tomándome por uno de los muchos novicios franceses que poblaban el convento. Era evidente que mi acento hispano me delató al instante; pero, aun así, el obispo quedó asombrado por mi desparpajo en su lengua vernácula. Mayor sorpresa le causó todavía enterarse de que alguien como yo supiera leer y escribir en latín, y también en romance hispano. Tuve que explicarle que aquellas últimas habilidades las había adquirido en el *scriptorium*, ayudado por el viejo bibliotecario, fray Ovidio. Allí, encorvado sobre libros y códices, era donde me gustaba pasar mis pocos ratos de asueto, le dije.

Don Bernardo me escrutó entonces con aquellos ojos brillantes antes de asentir complacido. Aun así, me impuso un ayuno de dos días completos como penitencia por romper la regla del silencio. «Con alguien tuviste que hablar, y no poco, para chapurrear francés tan bien en menos de un año», me censuró con ironía.

Fray Ovidio falleció seis meses más tarde, atacado por los tifus. Fue entonces cuando el obispo se acordó de mí. Y movió hilos. Habló con el prior Juan, supongo. Lo cierto fue que a los pocos días me convertí en el bibliotecario más joven de la Orden de san Benito en toda Hispania. Y eso que aún seguía siendo un simple novicio.

A partir de ese momento, nuestro contacto fue semanal, y a veces diario. A su ilustrísima le gustaba comprobar mis progresos en el nuevo puesto. Se enfrascaba conmigo

en la traducción de muchos manuscritos del latín a nuestro romance hispano. Y apuntaba sus propias sugerencias cuando los textos a que había que transcribir provenían del galo.

A mi padre no le costó mucho tiempo darse cuenta de que su vástago más tierno —y quizá menos avisado— se estaba criando a los pechos del hombre más poderoso de Hispania, después del rey Alfonso VI. Tal vez por eso respiró tranquilo y perdió la costumbre de pasar a visitarme.

Ahora, sentado en el banquillo de los acusados dos años más tarde, Nuño de Liébana sabía que la única autoridad capaz de doblegar a don Diego de Ayala, alcalde mayor de Toledo y juez sumarísimo en ausencia del rey, era el ilustre mentor de su hijo pequeño. Y eso era como admitir que su vida estaba en mis manos.

III

Busqué a don Bernardo en Santa María de Alficén, la iglesia que había sido sede catedralicia durante la dominación musulmana y seguía siéndolo todavía. Pero no lo encontré en sus aposentos. No hizo falta que ninguno de los canónigos del cabildo guiara mis pasos para saber dónde se encontraba. Desde hacía un par de años, el obispo vivía sepultado entre bocetos y planos. Empleaba gran parte de su tiempo examinando y preparando las obras que rezostrarían la antigua catedral visigótica de la ciudad. Un insigne edificio que había albergado a la mezquita mayor y que ahora él pretendía convertir de nuevo en basílica.

A tal fin, el todopoderoso arzobispo había ordenado desinfectar el templo una docena de veces, con una solución a base de azufre, mirra y vinagre. Él mismo lo había bendecido en persona en otras tantas ocasiones, con el fin de alcanzar una purificación completa. Ahora, eliminados por fin los efluvios malsanos del islamismo, don Bernardo se había empeñado en remodelar aquellos espacios profundamente. Para que nadie, jamás, pudiera confundir aquella maravilla histórica con un sucio antro sarraceno.

Un maestro constructor acompañaba al obispo a los pies del altar mayor. Ambos aparecían inclinados sobre unos rollos de pergamino. Esperé un buen rato mientras su ilustrísima escuchaba con atención las indicaciones del técnico sobre futuras columnas y arquivoltas. Al final, carraspeé en alto para hacer notar mi presencia.